

## CAPÍTULOS GRATUITOS

### **Troyano**

Becca Aberdeen

*Para los que aman salir de su mundo  
para adentrarse en otros.*

#### **PROLOGO**

Una gota de sudor resbaló por el cuello de Capi hasta humedecer la costura de su camiseta. La máquina de entrenamiento sostenía todo su cuerpo en vertical a la vez que lo obligaba a imitar los movimientos de un corredor mediante esferas acolchadas que se ceñían a sus brazos, cintura y piernas.

Ash lo observó desde una silla junto al gran ventanal de la habitación por donde el sol entraba a raudales anunciando la llegada de otro día caluroso. Llevaban una semana de temperaturas exageradas, en las que se intercalaba un bochorno aplastante con tormentas tropicales. Apretó un botón para abrir el techo y que la brisa salada de la mañana recorriera la estancia.

—Voy a poner algo de música —anunció, apartando la vista de Capi—. Es aburrido hacer ejercicio en silencio, ¿no crees?

La piel del muchacho, perlada por su sudoración, brilló al sol. La fina camiseta se ceñía a los músculos de su espalda como una segunda piel, mostrándolos tan definidos como los de una estatua de mármol renacentista, que ha sido creada con el único propósito de ser bella.

Ash esbozó una sonrisa triste al darse cuenta de que su capitán estaba más en forma que nunca. Había sido testigo de esos cambios día tras día, ahora que podía examinarlo a su gusto sin sentir una pizca de vergüenza.

Tan cerca de él, y a la vez... Y a la vez tan lejos.

—¿Puedes creer que los progresistas usan esta máquina para ponerse en forma sin esforzarse? —inquirió, oteando el mar a través del ventanal. Era un hermoso manto azulado con dotes de espejo que besaba el cielo en el horizonte—. ¿Cómo pueden ser tan perezosos?

Ash se había criado con la obligación de ejercitarse para producir energía, mientras que los progresistas la consumían para mantenerse en forma sin sufrir. Era el colmo de la indolencia.

Como si fuera consciente de que la estaba criticando, la máquina emitió un pitido para anunciar que el programa seleccionado estaba a punto de acabarse.

—¿Te apetece hacer abdominales? —le preguntó mientras ojeaba la lista de ejercicios—. No recuerdo si ayer trabajaste esa zona, o... ¿Fue antes de ayer?

Los movimientos de Capi, guiados por la máquina, se ralentizaron de forma paulatina hasta detenerse por completo.

—¿Sabes? Estás especialmente callado hoy —comentó con fingida indiferencia, procurando no sonar triste.

Quieto y suspendido por los cilindros alrededor de su cuerpo, sus pies no llegaban a tocar el suelo. Ahora que el sonido de la máquina se había detenido, Ash podía escuchar su respiración acelerada por el ejercicio. Sus hombros subían y bajaban mientras recuperaba el resuello. La pequeña pantalla frente a ella indicaba que sus pulsaciones estaban en ciento cuarenta y seguían bajando. Tenía el corazón de un deportista, con la temperatura de un cubito de hielo.

—Mejor le damos un descanso a tus músculos, he leído que es contraproducente sobrecargarlos.

Activó la finalización del entrenamiento, dando paso a la higienización. La máquina desvistió a Capi hasta desnudarlo por completo.

Por supuesto, antes de eso, Ash se dio la vuelta en la silla para dirigir su vista al horizonte del océano. Ni una sola vez, en esos dos meses, le había echado un vistazo durante la higienización y no iba a empezar ahora. Las ruedas de la máquina chirriaron con suavidad al deslizarse por el suelo, mientras introducía el cuerpo de Capi en la cápsula de la ducha. El programa de lavado pasivo se activó, entonces, durante los dos minutos de costumbre.

Para cuando Ash regresó su atención a la habitación, Capi ya estaba vestido y acostado en la camilla. Se aproximó a él, hasta que su abdomen dio contra el lateral del colchón y lo observó en silencio. Sus hermosas pestañas estaban cerradas en una expresión de plácida languidez. Llevaban tanto tiempo cerradas que estaba empezando a olvidar la tonalidad de sus ojos.

La sien morena no tenía ni un rasguño de la bala que lo había alcanzado, pero eso no quería decir que no hubiera secuelas invisibles bajo la piel.

Suspiró, profundo, para ahuyentar los pensamientos negativos. Procuraba dejarse la tristeza de puertas para fuera y así transmitirle al muchacho energía y vitalidad, a sabiendas de que las emociones eran contagiosas, pero hoy, fingir, se le estaba haciendo cuesta arriba.

—Driamma cree que despertarás esta semana —susurró cerca de su rostro—. No se equivocó sobre que estabas vivo la última vez. Así que ya no me atrevo a dudar de su palabra. Pero los médicos dicen que el último tratamiento debería haber funcionado ya. ¿A qué esperas, Capi?

Se arrepintió de haber perdido la compostura en cuanto su voz resonó desesperada en la silenciosa habitación.

Cerró los ojos luchando por recuperar las fuerzas. Habían usado las mejores máquinas de regeneración en su cerebro, y todo daño visible estaba reparado. No obstante, dependía de él encontrar ese interruptor que lo sacara del sueño profundo de vuelta a la realidad.

Ash cubrió la mano de Capi, que descansaba sobre la sábana blanca, con la suya y le dio un apretón.

—Le diré a los enfermeros que te inyecten la comida —anunció con voz dulce. No volvería a emanar negatividad en aquella habitación.

Observó su rostro un instante más, preguntándose cómo la creación había hecho algo tan hermoso para después permitir que una minúscula bala lo hiriera de tal forma. No era justo, pero la vida rara vez lo era.

Abandonó la habitación más decaída de lo que estaba al llegar. Por mucho que quisiera creer en la corazonada de Driamma, el tiempo no corría a su favor. Cuanto más tiempo pasara Capi durmiendo, más le costaría salir de ese calmado mar de inconsciencia.

Si aquella mañana Ash tan solo se hubiera quedado en la habitación un minuto más, hubiera vuelto a ver los ojos verdes de Capi.

## Capítulo 1

Driamma corrió por el pasillo desierto del hospital hasta que su respiración resonó entre sus paredes vacías. Ni siquiera había avisado a Ash tras recibir la llamada del enfermero dándole la mejor noticia que había tenido en meses.

Capi había abierto los ojos esa mañana.

Driamma tenía la corazonada de que ocurriría aquella semana, se lo había dicho a su amiga y no se había equivocado. Ella y Bronte debían de estar conectados de alguna forma porque en su fuero interno era capaz de presentir si su hermano se encontraba bien; al igual que había sabido meses atrás en Noé que no estaba muerto.

No obstante, tras dos meses de esperar a que despertara los médicos habían empezado a prepararla para lo peor, aunque ella se había negado a creerlos.

Cuando divisó la puerta de su hermano, su felicidad se vio truncada por el repentino pensamiento de que quizá Bronte tuviera alguna secuela del disparo y el coma. Su estómago se encogió, pero no se demoró en abrir la puerta con manos temblorosas.

Bronte estaba sentado en el borde de la cama con la espalda arqueada, y la frente apoyada en la palma de la mano cuyo codo descansaba sobre una pierna.

No se percató de la presencia de Driamma a su espalda.

La joven se acercó a él, bordeando los pies de la cama hasta entrar en su campo visual.

—¿Te duele la cabeza? —Fue su estúpida pregunta.

Bronte pestañeó un par de veces, y diminutas arrugas se formaron en las esquinitas de sus ojos al entornarlos.

—Algo así —respondió en un ronquido rasposo tras dos meses sin usar las cuerdas vocales.

Sintiéndose incómoda e inútil, se abalanzó sobre la mesita de noche para llenarle una botella de agua del servidor incorporado a esta. Bronte la contempló serio y un tanto ausente. Le tomó unos segundos aceptar la botella y vació la mitad de su contenido con lentitud y delicadeza. No era la soltura acostumbrada con la que se movía su hermano, pero, dadas las circunstancias, esperaba que fuera normal esa torpeza.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con suavidad, sin querer presionarlo más de la cuenta.

Tras un instante de silencio, respondió, mirándose el pecho como si acabara de descubrir que tenía un cuerpo: —Estoy inflado.

Driamma le sonrió con empatía. Su hermano mayor, en esos instantes, parecía más bien su benjamín. No le disgustó la idea de tener que cuidar de Bronte, cuando él la había cuidado durante toda su vida.

—Has estado haciendo ejercicio —le explicó—. ¿Necesitas ayuda para levantarte?

—No. —Fue la simple respuesta brusca. Suavizó el tono al darse cuenta—. Me siento más fuerte que nunca.

Parecía confuso y su ceño se había fruncido mientras se observaba los brazos. Bronte siempre había estado en forma, pero esos dos meses de entrenamiento con el Gymtronic habían marcado una diferencia notable.

—No recuerdo haberlo hecho... ¿Cómo he llegado hasta aquí? —Miró a su alrededor, sin reconocer la habitación en la que estaban.

—Has estado en coma, pero te hemos mantenido en forma gracias a un aparato llamado Gymtronic. Es capaz de ejercitar a una persona sin que esta tenga que hacer los movimientos. Se inventó para los enfermos, pero los progres lo usan para estar en forma sin esforzarse. —Bronte pestañeó ante su explicación, y Driamma se apresuró para tranquilizarlo—. Tú, procura no pensar en nada de eso ahora.

¿Debía informar a Capi de todo lo ocurrido en esos últimos meses o debía permitirle conectar con la realidad poco a poco?

Por suerte, el médico entró en la habitación justo cuando el sudor había comenzado a brotarle en la frente. Driamma lo reconoció de inmediato como el médico nigeriano que había tratado el hombro de Tesk el día que ella había intentado besar a su propio padre. Claro que ella no había sabido que eran parientes. Si tan solo él se lo hubiera contado nada más conocerse...

—Buenos días, muchacho —lo saludó Doyé Sesay con una sonrisa segura, que compartió con Driamma, para reconfortarla.

Ella exhaló una bocanada de aire, intentando confiar en el hombre.

—Bonito día, ¿verdad? —le preguntó a Bronte con aires relajados, pero observando con atención sus reacciones. Mientras que ella a su vez contemplaba las facciones del médico para descubrir el verdadero estado de su hermano.

Bronte le dedicó una sonrisa seca al hombre. No parecía estar de humor para conversaciones triviales, pero al menos se mostraba educado.

—¿Puedes decirme tu nombre completo? —Fue la siguiente pregunta mientras le pasaba un pequeño aparato por la frente.

—Bronte Del Castillo.

—¿Qué edad tienes, Bronte?

—Bueno, eso depende de cuánto tiempo estuve en coma.

La respuesta los hizo sonreír y el doctor se mostró complacido con la claridad de sus pensamientos.

—¿Y esta joven tan preocupada que te acompaña?

Bronte le echó un vistazo a Driamma al escuchar la palabra preocupada.

—Es mi hermana pequeña, Driamma Sandoval —respondió. Después se apresuró en hacer sus propias preguntas—. ¿Dónde estamos? ¿Cuánto tiempo he estado en coma?

El médico lo ignoró mientras miraba el encefalograma que el pequeño aparato había tomado de su cabeza.

En vista de ello, Bronte le dirigió una mirada inquisitiva a Driamma, quien apretó los labios sin saber qué debía decir, o si debía decir algo en absoluto.

—Enhorabuena, muchacho, tu cerebro tiene mejor aspecto que tu hermana —bromeó con una sonrisa—. ¿Puedo sugerir que os relajéis y toméis un buen almuerzo antes de que empieces a hacer preguntas?

Sesay le hizo un gesto con la cabeza a Driamma para que lo siguiera fuera de la habitación.

—Tu hermano ha respondido bien al último tratamiento. Sin duda el entrenamiento físico también ha ayudado a activar la función cerebral.

Driamma sonrió complacida. Era un alivio saber que ella había contribuido en su recuperación.

—Aun así, no lo dejes solo hasta nueva orden. No debe conducir maquinaria de ningún tipo, ni siquiera automóviles. Necesito que venga a verme mañana.

Asintió, observando al doctor con su total atención.

—Si notas cualquier comportamiento que no sea habitual en su carácter o problemas de coordinación o habla, tráemelo de inmediato. No tendría que haber problemas, pero hasta nueva orden que se limite a ejercitarse, dormir regularmente, comer sano y una hora de meditación diaria.

Driamma se mordió el labio inferior. Si el doctor tan solo supiera a quién estaba pidiendo que tratara como a un niño con dientes de leche. Para mantener a Bronte con un estilo de vida tan prudente, iba a necesitar la ayuda de un ejército.

Les sirvieron el almuerzo en la misma habitación del hospital, pero Bronte, una vez vestido, parecía ansioso por dejar la habitación. Devoró su plato con rapidez, pero con poco interés y Driamma lo reprendió por ello, repitiéndole las indicaciones del médico.

—Ya te he dicho que estoy perfectamente. No necesito descansar, ya lo he hecho bastante, y estoy más en forma que nunca. Necesito respuestas. —Clavó su mirada severa sobre Driamma, pero esta se limitó a mirar su plato sin dejarse amilanar.

El doctor Sesay le había dado autorización para poner a su hermano al día, pero había insistido en que lo hiciera despacio y permitiéndole suficiente tiempo para adaptarse a las noticias.

—Obtendrás tus respuestas, pero en pequeñas dosis, ¡y no hay más que hablar!

—Mocosa, recuerda quién es el hermano mayor.

Driamma esbozó una sonrisa triste, pues su familia, dividida por la política y la guerra, nunca sería como la de sus amigos.

—Puedes empezar por dónde estamos —sugirió Bronte.

Se tragó el dolor, antes de responderle. Aún no quería empezar con las malas noticias.

—Esto va a sorprenderte, pero continuamos en Sagalia.

Su hermano frunció los labios, confuso, y oteó tanto la habitación como el vasto océano que se extendía a través del ventanal.

—Eso es imposible —protestó—. Conozco cada recoveco de esa isla. Nunca nos topamos con esta construcción.

Driamma sonrió enigmática. Ahora entendía cómo Sooz se había sentido al guiarlas por los secretos más hermosos de Noé.

—Nunca mirasteis en el cielo —dijo, y le dedicó un guiño a su hermano.

Bronte no lo soportó más, se levantó de su silla y Driamma tuvo que dejar su tostada a medias para seguirlo fuera de la habitación.

Cuando llegó al pasillo se encontró con que él tenía las manos pegadas a los cristales convexos que constituían las paredes del corredor y observaba el paisaje a sus pies. Driamma avanzó hasta colocarse a su lado y dejó también que su mirada descendiera sobre la playa de Sagalia. El mar bañaba la orilla a un ritmo lento dejando espuma blanca sobre la arena.

—¿Qué es este lugar? —susurró su hermano mientras oteaba la largura del pasillo infinito, que se curvaba hasta perderse de vista.

Driamma buscó su atención antes de empezar la explicación. Ahuecó sus manos formando un círculo con la una sobre la otra.

—Imagina que esto es la isla de Sagalia —dijo y esperó a que Bronte mirara sus manos—. Ahora imagina que alrededor de la isla hay una especie de donut gigantesco suspendido en el aire a tres metros de la orilla. Nos encontramos dentro de ese donut.

Como era de esperarse, su hermano encogió los músculos de su cara sin encontrar el más mínimo sentido a lo que acaba de escuchar.

—¿Estamos dentro de un donut gigante que flota alrededor de la isla de Sagalia? —repitió con sorna.

Driamma lo reconsideró por un instante y luego asintió con vehemencia.

—Básicamente.

Bronte alzó una ceja con escepticismo.

—¿Cómo flota?

—En realidad no flota, sino que está sujeto por columnas invisibles que bajan hasta el fondo marino.

—¿Invisibles?

Para ella comprenderlo había sido más fácil porque la Urbe de Sagalia estaba erigida de la misma forma en la que habían hecho el Backstreet de Noé. Una construcción formidable e invisible desde el exterior que se sostenía en varias columnas también invisibles.

—¿Cómo pueden ser invisibles? —insistió al ver que ella no respondía.

—Están camufladas por imágenes holográficas del cielo y el mar que las hacen imperceptibles. Si estuviéramos abajo, en la playa, mirarías hacia el horizonte y solo verías el mar.

—¿Qué hay del sol cuando baja por el horizonte? Sin duda el «donut» se interpone entre los rayos de luz.

Driamma tomó una bocanada de aire intentando recordar todo lo que le habían explicado dos meses atrás sobre la Urbe de Sagalia.

—La imagen holográfica muestra lo que las cámaras captan desde la parte trasera del «donut». Y por debajo de nosotros hay luces que compensan la sombra proyectada por el sol sobre el agua.

Bronte observaba con ojos muy abiertos las manos de Driamma que se movían para ilustrar la explicación.

—Fascinante —exclamó, cuando logró comprenderlo.

—Dentro del donut, al que en realidad se conoce como la Urbe de Sagalia, están las viviendas, la escuela, este hospital y un centro comercial. Todo ello construido en el aire para evitar talar ni un solo árbol, ni ocupar el suelo. Mientras que la invisibilidad permite mantener el aspecto natural de la isla

—explicó,

repetiendo el anuncio de Sagalia que tantas veces había visto—. Las paredes exteriores están recubiertas de paneles solares que aprovechan las horas de luz para almacenar energía.

Bronte contempló la playa bajo sus pies.

—¿Cómo bajamos a la isla? —inquirió. Su voz contenía algo de impaciencia, como si no pudiera esperar más para volver a la selva, de la que había sido amo durante dos años.

Driamma le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo, y esperó a que él la mirara.

—Demos un paseo.

## Capítulo 2

El segundo golpe que recibió en las costillas fue demasiado. Escuchó el crujir del hueso incluso antes de que el horripilante dolor trepara por su tronco hasta izarle el cuero cabelludo. Cayó de cara sobre la arena, notando el sabor de los granos en sus labios, y su pelo rojizo se dividió a ambos lados de su cara desde la coleta alta que se había hecho en la coronilla.

Ash sabía que tenía que levantarse, o su oponente la apuñalaría por la espalda, pero el dolor al respirar le recordaba que en algún lugar de su flanco había una costilla rota que podría perforar su pulmón en un mal movimiento.

Se olvidó de sus miedos al escuchar el grito de Driamma, quien, a no ser que se estuviera volviendo loca, acababa de decir el nombre de su hermano. El nombre de Capi.

Su pelo abandonó su rostro cuando se irguió, y lo que vio a continuación fue tan sorprendente como difícil de creer.

Capi se había abalanzado sobre Gato, el mejor espía del bando naturalista, y le había propinado un puñetazo con la única intención de reducirlo. Pero Gato no era cualquier persona, conocía técnicas de lucha que podrían avergonzar a un ninja, y dominaba el Krav Maga igual o mejor que un soldado entrenado como el capitán. La pelea entre los dos se convirtió en segundos en una obra de arte digna de ser filmada, y eso era justo lo que Gábor estaba haciendo a su lado.

Ash le dio un codazo al pasar por él, dirigiéndose a la pelea.

—¡Auch! —exclamó el muchacho, mirándola con cara de pocos amigos.

—Más te va a doler si publicas ese video —le espetó sin detenerse—. Haz algo útil por una vez y ayúdame a separarlos.

Driamma, que estaba más cerca de la pareja de luchadores, intentó sujetar a Capi, pero se llevó un golpe perdido, y tuvo que recular.

—¡Deteneos al instante! —volvió a chillar sin éxito.

Ash no utilizó palabras. No había tiempo para eso. Esa misma mañana, Capi había estado en coma, y lo último que podía permitirse era una pelea así con Gato, incluso cuando este estuviera utilizando solo llaves de bloqueo y desestabilización.

En movimientos rápidos, Ash usó su antebrazo para sostener la espalda de Gato a la vez que clavaba sus dedos en el septo de su nariz, y propinó una patada a la cara interna de su rodilla ocasionándole la caída. Veloz, se sentó sobre su cuello para evitar que se moviera.

Era la primera vez que lograba derribar a Gato después de casi dos meses intentándolo.

Capi se paralizó, más por la sorpresa de ver a Ash reduciendo a su oponente que por la intervención de Driamma.

Sabía que Gato podría liberarse de ella en cualquier instante utilizando alguna llave dolorosa; pero también sabía que no lo haría si ello pusiera en peligro la vida de Ash.

—Tengo una costilla rota —exclamó, hacia el cuerpo tendido sobre la arena.

Como había supuesto, los músculos de Gato se relajaron en una muda rendición.

Al notarlo, Ash se levantó despacio con una mano protectora en su costado izquierdo. Se puso delante de Capi, que aún la miraba con labios separados y respiración entrecortada.

—¿Cuándo...?

—¡Esta mañana! —respondió Driamma con una sonrisa de oreja a oreja. Aún estaba agarrada a su hermano, como si así pudiera protegerlo del mundo.

Gato los interrumpió ofreciéndole la mano a Capi.

—Buena pelea —apreció—. Sobre todo para alguien que acaba de salir del hospital.

Capi se quedó mirando con desconfianza la palma extendida frente a él.

—Gato nos está entrenado —aclaró ella.

—Lo lleváis demasiado lejos, ¿no? —masculló Capi, mirando la pequeña mano de Ash que descansaba sobre su flanco herido. Aún parecía enfadado.

—No vienen a pasar el rato, sino a prepararse para la guerra —se limitó a responder Gato tan relajado como de costumbre. Se volvió entonces hacia ella—. Veo que el aliciente que necesitabas para derribarme por fin ha llegado.

Ash enrojeció, solo porque no sería ella sin sus sonrojos incriminatorios.

—Todo esto es muy romántico —los interrumpió Gábor con tono sarcástico—, pero ¿podemos volver al entrenamiento?

Gato fue el primero en reaccionar. Avanzó hacia Gábor, entendiendo que ahora que Capi había despertado, el entrenamiento queda postpuesto.

—Vayamos al gimnasio a ahuyentar esos michelines al acecho —le propuso a Gábor.

Gábor aprovechó para levantarse la camiseta y mostrar un estómago más liso que la pared. Con una sonrisa complacida le guiñó un ojo a Ash, pero su gesto se torció al fijarse en Capi y los inocultables músculos que había obtenido durante su convalecencia.

—Por suerte, yo me mantengo así de esbelto de forma natural, y sin ayuda de máquinas —celebró, mirando a Gato, pero dirigiéndose a Capi.

—Enhorabuena, Gábor. —Ash se cruzó de brazos con una mueca sarcástica—. Incluso, tu conversación es mejor que la de un comatoso.

Driamma soltó una risotada, mientras Gábor le clavaba una mirada poco divertida.

Después de eso emprendió la marcha sin querer arriesgarse a perder la batalla. Gato lo observó un instante con media sonrisa.

—¿Sigue en pie lo de esta noche? —le preguntó a Ash, lanzando un rápido vistazo a Capi.

Ash abrió la boca, pero no supo qué responder, miró a Driamma y a Capi, este último, un tanto incómodo, le apartó la mirada.

—Mejor lo hablamos luego —decidió Gato por ella en vista de la situación. Se despidió de ellos con un saludo militar y se apresuró en alcanzar a Gábor.

Para su consternación, Ash se había sonrojado hasta la raíz del pelo. Lo último que quería era que Capi pensara que había algo entre ella y Gato, o peor, que aún tonteaba con Gábor.

—Íbamos a ver una película —balbuceó—. Podemos verla todos juntos, si queréis. No es una cita. Bueno, una cita, sí, pero no romántica ni nada por el estilo. Gato es solo un amigo con unos gustos cinematográficos similares a los míos —continuó, atropellada.

Driamma negó con la cabeza para indicarle que no siguiera, y se cubrió los labios con los dedos para ocultar su risa.

Ash deseó que la tragara la tierra. Capi, su Capi, acababa de despertar y estaba allí, con su metro noventa de mejorada belleza masculina, y ella acababa de olvidarse de cómo hablar.

Por suerte, Driamma acudió a su rescate:

—Ash ha hecho los mismos turnos que yo en el hospital. Deberías agradecerle tu recuperación tanto como a mí.

Capi le dedicó una de esas miradas de soslayo, con expresión cansada. ¿Cansado de ella? ¿Cansado de resistirse?

Un sudor repentino hizo que la ropa de entrenamiento le molestara.

Driamma le propinó un codazo a su hermano, que hasta ese momento se había limitado a mirarla sin decir nada. ¿Acaso quería que saliera en los periódicos como «Joven arde por combustión espontánea en plena playa de Sagalia»?

—Gracias por tu tiempo y tus cuidados —dijo él al fin, con franqueza.

Ash esbozó una sonrisa bobalicona al recordar que no hacía mucho Sooz también tuvo que propinarle un codazo para que ella le diera las gracias por el huerto.

—¿Cómo te encuentras? —inquirió con seriedad.

Capi se rascó la cabeza mientras meditaba sobre la pregunta.

—Me encuentro sorprendentemente bien para alguien que ha estado a punto de morir.

—El médico dice que su cerebro tiene buen aspecto y que espera una total recuperación — interrumpió Driamma con celeridad—. Aun así, debemos mantenerlo vigilado durante unos días, y debe llevar un estilo de vida muy estricto. —Le dedicó una mirada ceñuda a su hermano al decir eso último—. Eso, por supuesto, excluye por completo las peleas.

Capi pareció recordar algo al escuchar a su hermana.

—¿Es verdad que tienes una costilla rota? —preguntó ceñudo.

Ash asintió despacio.

—Eso creo. Lo cierto es que ya no noto nada.

Los hermanos intercambiaron miradas serias, y supo lo que se avecinaba.

La importunaron hasta que accedió a acudir de inmediato al hospital. Caminaron hacia la cueva que ocultaba el ascensor subacuático que los transportaría hasta la Urbe de Sagalia.

Capi les hizo preguntas sobre el funcionamiento de la ciudad durante todo el tiempo. Esas eran las únicas preguntas que, al parecer, Driamma le permitiría hacer ese día, pues en ningún momento preguntó por Tesk.

Tomaron el ánora, no el de Noé, sino una réplica casi idéntica que estaba adjunta a la parte superior del gran rosco, y desplazaba a los habitantes a cualquier punto de la ciudad flotante, alimentándose de luz solar.

Capi observaba a sus pies a las distintas personas enfrascadas en sus trabajos o quehaceres. Viajaban por el techo de cristal de la urbe, pasando por escuelas, oficinas, incluso, por el centro comercial.

—¿Por qué los progresistas aún no han atacado la isla?



Driamma lo miró con reprobación y negó con la cabeza.

—Esa pregunta no entra dentro de la categoría de preguntas que puedes hacer hoy.

Él torció el gesto en una mueca hastiada, y Ash aprovechó para sonreírle comprensivamente.

Para su sorpresa, Capi le guiñó un ojo, y fue su turno de mirar a sus pies para fingir que se interesaba por un cocinero que cortaba con maestría fideos japoneses con verduras en una gran parrilla.

Por fin llegaron al hospital y Ash no tuvo que esperar para ser atendida.

La tumbaron sobre una camilla, con Capi y Driamma a su lado, mientras la doctora les confirmaba la fractura de su décima costilla izquierda.

Le colocó el aparato de regeneración, prometiéndole que serían solo diez minutos de dolor mientras este soldaba el hueso. Los pinchazos le pusieron la piel de gallina. Cerró los ojos con fuerza; hasta que notó una mano cálida sobre la suya. Los abrió de inmediato. La mano era morena y grande, pero con elegantes dedos delgados.

No se atrevió a levantar la mirada para no asustar a su dueño. Se limitó a cerrar los ojos y disfrutar del contacto.

Tenía que haber adivinado que no duraría mucho. ¿Cuándo la vida había sido así de buena con ella?

En ese mismo instante, Mindi y Kara irrumpieron en la habitación.

Capi apartó la mano de ella de inmediato, pero no antes de que las féminas de su familia fueran testigos de la jugada.

—Mi pequeña —chilló su madre acercándose a ella—. ¿No te dije que eras demasiado escuálida para ese entrenamiento? Lo tuyo no es lo físico sino lo psíquico, como tus padres.

¿Estaba teniendo una pesadilla o su madre acababa de llamarla pequeña y recordarle que era un cerebritito sin atributos físicos delante de Capi?

Ash deseó tener el súper poder de regresar en el tiempo y cerrar la sala con llave.

—Estoy bien, mamá.

Cuando ya pensaba que la intervención de su madre sería lo peor de la anécdota, entró Kara en acción.

Le guiñó un ojo a su admirada Driamma, y se dirigió al Capitán.

—Tú debes ser Capi —le dijo con evidente curiosidad.

—¿Este es el soldado que cuidabas por las mañanas, Ash? —inquirió Mindi. Otra prueba de que no se había perdido la mano de Capi sobre la suya al entrar.

Kara, que le había donado toda su vergüenza a Ash el día de su nacimiento, observó con detenimiento el cuerpo del capitán de arriba abajo, para luego mirarla a ella con reprobación.

—Ash, está mucho más fornido que en las imágenes. No se le regalan más armas al enemigo que te tortura.

—¡Kara! —protestó ella sin poder creer que su hermana acabara de exponerla de esa forma. Estaba tan avergonzada que ni siquiera se había sonrojado, pero, aun así, se tapó el rostro como si pudiera ocultarse de lo que acababa de ocurrir.

—Creo que mejor nos vamos y te dejamos con tu familia —sugirió Driamma, apiadándose de ella. Sacó a Capi de la habitación, casi a empujones. ¡Qué la creación la bendijera!

Cuando se hubieron marchado, Ash se volvió hacia la doctora con expresión de dolor. Incluso esta ocultaba una sonrisa tras lo ocurrido.

—Morfina, por favor —le pidió, provocando la risa malvada de su hermana.